

Ahora los moja la lluvia; el viento los impele fuera del reino, casi a la orilla del Verde, donde los hizo transportar con cirios apagados. Pero por su maldición no se pierde el amor de Dios de tal modo, que no vuelva nunca, mientras reverdezca la flor de la esperanza. Es verdad que el que -- muere contumaz para con la santa Iglesia, por más que al -- fin se arrepienta, debe estar en la parte exterior de esta montaña un espacio de tiempo treinta veces mayor del que vivió en contumacia, a menos que no se abrevie la duración de este decreto merced a eficaces oraciones. Calcula, pues, lo dichoso que puedes hacerme, revelando a mi buena Constanza cómo me has visto y la prohibición que pesa sobre mí, que puede alzarse por los ruegos de los que existen allá arriba.

CANTO CUARTO

Quando por efecto del placer o del dolor de que se siente -- afectada alguna de nuestras facultades, el alma entera se -- concentra en esa facultad, parece que no atiende a ninguna -- otra; y esto demuestra el error de los que creen que en nosotros arde un alma sobre otra alma.⁵⁴ Por eso mismo, cuando se oye o ve alguna cosa que absorbe fuertemente el alma en su -- contemplación, el tiempo se desliza sin que el hombre se -- perciba de ello; porque una es la facultad que escucha, y -- otra la que cautiva por completo el alma: ésta está como atada; aquélla es libre. Yo adquirí una prueba de esta verdad -- oyendo y admirando a aquel espíritu; pues había el Sol ascendido cincuenta grados sobre el horizonte, sin que yo lo echase de ver, cuando llegamos a un punto en que las almas exclamaron a una voz: "Aquí está el objeto de vuestra demanda."

Cualquier portillo de los que suele tapar el labriego con un manojo de espinos, cuando maduran las uvas, es mayor que el sendero por donde subimos solos mi Maestro y yo, cuando la multitud de almas se separó de nosotros. Bastan los pies para ir a San Leo, para bajar a Noli, para ascender hasta la elevada cumbre de Bismantua; pero aquí es preciso que el hombre vuele; quiero decir, como volaba yo, conducido por las ligeras alas y por las plumas de un gran deseo, detrás de Aquel que reanimaba mi esperanza y me iluminaba. Ibamos subiendo por el sendero excavado en el peñasco, cuyas quebradas rocas nos estrechaban por ambos lados, y el suelo que pisábamos -- nos obligaba a ayudarnos con pies y manos. Cuando llegamos a sitio descubierto, sobre el rellano de la alta base del -- monte, dije:

-Maestro mío, ¿qué camino seguiremos?

Y él me contestó:

-No des ningún paso hacia abajo; prosigue subiendo detrás de mí a la cima de este monte, hasta que se nos aparezca algún experto guía.

La cima era tan alta, que no podía alcanzarla la vista, y la subida mucho más empinada que la línea que divide en dos partes el cuadrante. Yo estaba ya cansado, y entonces exclamé:

-¡Oh amado Padre! Vuélvete, y mira que me quedo aquí solo, -- si no te detienes.

-Hijo mío, haz por llegar hasta aquel punto-- respondió mostrándome una prominencia que rodeaba por aquel lado toda la montaña.

Sus palabras me aguijonearon de tal modo, que me esforcé cuanto pude trepando hasta donde él estaba, tanto que puse mis plantas sobre aquella especie de cornisa. Nos sentamos allí ambos, vueltos hacia Levante, por cuyo lado habíamos subido; pues suele agradar la contemplación del camino que uno ha hecho. Primeramente dirigí los ojos al fondo, después los levanté hacia el Sol, y me admiraba de que éste nos iluminase por la izquierda.

El poeta observó que me quedaba estupefacto, mirando el carro de la luz que iba a pasar entre nosotros y el Aquilón; por lo cual me dijo:

-Si Cástor y Pólux estuvieran en compañía de aquel espejo que ilumina al mundo tanto por arriba como por abajo, verías al Zodiaco refulgente girar más próximo aún a las Osas, a no ser que saliese fuera de su antiguo camino.^{5b} Y si quieres comprender cómo puede suceder esto, reconcentra tu pensamiento, y considera que el monte Sión está situado sobre la Tierra, relativamente a éste, de modo que ambos tienen un mismo horizonte y diferentes hemisferios; por lo cual, si tu inteligencia te permite discernir con claridad, verás cómo el camino que por su mal no supo recorrer Featón, debe ir necesariamente por un lado de este monte, al paso que va por el opuesto lado de aquel otro.

-En verdad, Maestro mío--le contesté--, nunca había visto tan claramente como ahora distingo estas cosas, para cuya comprensión no me parecía bastante apto mi ingenio. Por las razones -- que me has dado entiendo que el círculo intermedio del primer móvil, llamado Ecuador en alguna ciencia, y que permanece siem

pre entre el Sol y el invierno, dista de aquí tanto hacia Septentrión, cuanto los Hebreos lo veían hacia la parte cálida. Pero, si te place, quisiera saber cuánto hemos de andar aún; -- pues el monte se eleva más de lo que puede alcanzar mi vista.

-Esta montaña es tal-- me respondió--, que siempre cuesta trabajo empezar a subirla, y cuanto más va para arriba es menos fatigoso. Cuando te parezca tan suave, que subas ligeramente por ella como van por el agua las naves, entonces habrás llegado -- al fin de este sendero: espera, pues, a conseguirlo para descansar de tu fatiga. Y no respondo más, pues sólo esto tengo -- por cierto.

Cuando hubo terminado de decir estas palabras, resonó cerca de nosotros una voz que decía: "Quizá te veas precisado antes a sentarte." Al sonido de aquella voz, volvímonos, y vimos a la izquierda un gran peñasco, en el que no habíamos reparado antes ninguno de los dos. Nos dirigimos hacia allí, donde estaban algunos espíritus reposando a la sombra detrás del peñasco, como quien lo hace por indolencia. Uno de ellos, que me parecía cansado, estaba sentado con las rodillas abrazadas, reposando sobre ellas su cabeza.

-¡Oh amado Señor mío! --dije entonces--: contempla a ése, que se muestra más negligente que si fuese hermano de la pereza.

Entonces se volvió hacia nosotros, y nos examinó, dirigiendo -- su mirada sobre los muslos, y diciendo:

-Ve, pues, allá arriba, tú que eres tan valiente.

Conocí entonces quién era; y aquella fatiga que agitaba todavía un poco mi respiración, no me impidió acercarme a él. Cuando estuve a su lado, alzó apenas la cabeza, diciendo:

-¿Has comprendido bien por qué el Sol dirige su carro por tu izquierda?

Sus perezosos movimientos y sus lacónicas palabras hicieron asomar una sonrisa a mis labios, y dije:

-Belacqua,⁵⁶ ahora ya no me conduelo de ti: pero dime, ¿Por qué estás aquí sentado? ¿Esperas algún guía, o es que has - vuelto a tus antiguas costumbres?

Contestome:

-¡Oh, hermano! ¿Para qué he de ir arriba, si no ha de permí tirme llegar al sitio de la expiación el Angel de Dios, que está sentado a su puerta? Antes que yo entre por ella, es - necesario que el cielo dé tantas vueltas en torno mío, cuan tas dio en el transcurso de mi vida, por haber aplazado los buenos suspiros hasta la hora de mi muerte; a no ser que me auxilie una plegaria, que se eleve de un corazón que viva - en gracia. ¿De qué sirven las demás, si no han de ser oídas en el cielo?

Ya el Poeta subía delante de mí diciendo:

-No te detengas más: mira que el Sol toca al Meridiano, y la Noche cubre ya con su pie la costa de Marruecos.

CANTO QUINTO

Me había alejado ya de aquellas sombras, y seguía las huellas de mi Guía, cuando detrás de mí, y señalándome con el dedo, - gritó una de ellas:

-Mirad; no se nota que el Sol brille a la izquierda de aquél - dé más abajo, que marcha al parecer como un vivo.

Al oír estas palabras, volví la cabeza, y vi que las sombras - miraban con admiración, no solamente a mí, sino también a la - luz interceptada por mi cuerpo.

-¿Por qué se turba tanto tu ánimo-dijo el Maestro-, que así - acortas el paso? ¿Qué te importa lo que allí murmuran? Sígueme, y deja que hable esa gente. Sé firme como una torre, cuya cúspide no se doblega jamás al embate de los vientos: el hombre en quien bulle pensamiento sobre pensamiento, siempre -- aleja de sí el fin que se propone; porque el uno debilita la actividad del otro.

¿Qué otra cosa podría yo contestarle sino: "Ya voy?" Así lo - hice, cubierto algún tanto de aquel color que hace a veces al hombre digno de perdón. En tanto, de través por la cuesta venían hacia nosotros algunas almas entonando, versículo a versículo, el "Miserere".⁵⁷ Cuando observaron que yo no daba paso al través de mi cuerpo a los rayos solares, cambiaron su canto en un "¡Oh!" ronco y prolongado: y dos de ellas, a guisa - de mensajeros, corrieron a nuestro encuentro, diciendo:

-Hacednos sabedores de vuestra condición.

Mi Maestro contestó:

-Podéis iros y referir a los que os han enviado, que el cuerpo de éste es de verdadera carne. Si se han detenido, según me figuro, por ver su sombra, bastante tienen con tal respuesta: hónrenle, porque podrá serles grato.

Jamás he visto a prima noche los vapores encendidos, ni a puesta del Sol las exhalaciones de Agosto, hendir el Cielo sereno tan rápidamente como corrieron aquellas almas hacia sus compañeras; y una vez allí, regresaron adonde estábamos, juntas con las demás, como escuadrón que corre a rienda suelta.

—Esa gente que se agolpa hacia nosotros es numerosa—dijo el Poeta—, y vienen a dirigirte alguna súplica: tú, sin embargo, sigue -- adelante, y escucha mientras andas.

—¡Oh, alma, que para llegar a la felicidad, vas con los miembros con que naciste! —venían gritando—: modera un poco tu paso. Repara si has conocido a alguno de nosotros, de quien puedas llevar -- allá noticias. ¡Ah! ¿Por qué te vas? ¿Por qué no te detienes? — Todos hemos terminado nuestros días por muerte violenta, y fuimos pecadores hasta la última hora: entonces la luz del Cielo iluminó nuestra razón tan bien, que, arrepentidos y perdonados, abandonamos la vida en la gracia de Dios, que nos abraza por el gran deseo que tenemos de verle.

Yo les contesté:

—Aun cuando no reconozco las desfiguradas facciones de ninguno de vosotros, no obstante, si deseáis de mí algo que sea posible, espíritus bien nacidos, yo lo haré por aquella paz que se me hace -- buscar de mundo en mundo, siguiendo los pasos de este Guía.

Uno de ellos empezó diciendo:

—Todos confiamos en tu benevolencia sin necesidad de que lo jures, a no ser que la impotencia destruya tu buena voluntad. Yo, que hablo solo antes que los demás, te ruego que si ves alguna vez aquel país que se extiende entre la Romanía y el de Carlos,⁵⁸ me concedas en Pano el don de tus preces, a fin de que los buenos rueguen allí por mí, de modo que yo pueda purgar mis graves pecados. De allí fui⁵⁹ yo, pero las profundas heridas por donde salió la sangre en la que me asentaba, me fueron hechas en el territorio de los Antenóridas, donde creía encontrarme más seguro. El de Este lo ordenó, porque me odiaba mucho más de lo que le permitía la justicia; pero si yo hubiese huido hacia la Mira, cuando llegué a Oriaco, aún estaría -- allá donde se respira: corrí al pantano, donde las cañas y el lodo

me embarazaron tanto, que caí, y vi formarse en tierra un lago con la sangre de mis venas.

Después me dijo otro:

—¡Ay! Así se cumpla el deseo que te conduce a esta elevada montaña, dignate auxiliar al mío con obras de piedad. Yo fui de Montefeltro, y soy Buonconte.⁶¹ Ni Juana ni los otros se cuidan de mí; por lo -- cual voy entre estos con la cabeza baja.

Le pregunté:

—¿Qué violencia o qué ventura te sacó fuera de Campaldino, que no -- se supo nunca dónde está tu sepultura?

—¡Oh!—me respondió—; al pie del Casentino corre un río llamado Archiano, que nace en el Apenino encima del Ermo. Allí donde pierde -- su nombre, llegué yo con el cuello atravesado, huyendo a pie y ensangrentando la llanura. Allí perdí la vista, y mi última palabra -- fue el nombre de María; allí caí, y no quedó más que mi carne. Te -- diré la verdad, y tú la referirás entre los vivos: el ángel de Dios me cogió, y el del Infierno gritaba: "Oh tú, venido del Cielo: ¿Por qué me lo quitas? Te llevas la parte eterna de éste por una pequeña lágrima que me le arrebató; pero yo trataré de diferente modo la -- otra parte." Tú sabes bien cómo se condensa en el aire ese húmedo -- vapor, que se convierte en lluvia en cuanto sube hasta donde le sorprende el frío: pues bien, el demonio, juntando a su entendimiento aquella malevolencia que sólo procura hacer daño, con el poder inherente a su naturaleza, agitó el vapor y el viento. En cuanto se -- extinguió el día, cubrió de nieblas el valle desde Pratomagno hasta -- el Apenino, e hizo tan denso aquel cielo, que el espeso aire se convirtió en agua: cayó lluvia, y el agua que la tierra no pudo absorber fue a parar a los barrancos, y uniéndose a la de los torrentes, se precipitó hacia el río real con tal rapidez, que nada podía contenerla. El Archiano furioso encontró mi cuerpo helado en su embocadura, lo arrastró hacia el Arno, y separó mis brazos que había puesto en cruz sobre el pecho cuando me venció el dolor. Después de -- haberme volteado por sus orillas y su fondo, me cubrió y rodeó con la arena que había hecho desprenderse de los campos.

—¡Ah!, cuando vuelvas al mundo, y hayas descansado de tu largo viaje, continuó un tercer espíritu luego que hubo acabado de hablar el segundo—, acuérdate de mí, que soy la Pía.⁶² Siena me hizo, y las -- Marismas me deshicieron: bien lo sabe aquel que, siendo ya viuda, -- me puso en el dedo su anillo enriquecido de piedras preciosas.

CANTO TRIGESIMOSEGUNDO

Estaban mis ojos tan fijos y atentos para calmar su sed de diez años, que tenía embotados los otros sentidos, encontrando además aquéllos por todas partes obstáculos que no les permitían cuidarse de ninguna otra cosa; así es que la santa sonrisa los atraía con sus antiguas redes. Pero por fuerza me obligaron aquellas diosas a volver la cabeza hacia la izquierda, porque les oía decir: "Mira demasiado fijamente"; y la disposición en que se encuentran los ojos cuando acaban de ser heridos por los rayos del Sol, me dejó por algún tiempo sin vista, mas cuando se repusieron los míos ante otro pequeño resplandor (y digo pequeño, comparándolo con la gran luz de que me había separado forzosamente), vi que el glorioso ejército se había vuelto hacia la derecha, recibiendo en el rostro los rayos del Sol y los de las siete llamas. Así como para salvarse una cohorte, se retira cobijada bajo los escudos, y se vuelve con su estandarte antes de que haya terminado por completo su evolución, así la milicia -- del reino celestial que precedía al carro desfiló toda, antes de que éste hubiera vuelto su lanza. En seguida las mujeres se volvieron a colocar cerca de las ruedas, y el Grifo puso en movimiento el carro bendito, de tal modo que no se agitó ninguna de sus plumas. La hermosa Dama⁶³ que me hizo vadear el río, Estacio y yo seguíamos a la rueda que describió al girar el arco menor. Caminando de esta suerte a través de la alta selva deshabitada -- por culpa de aquella que creyó a la serpiente, ajustaba mis pasos al cántico de los ángeles. Una flecha despedida del arco recorre quizá en tres veces el espacio que habíamos avanzado, -- cuando bajó Beatriz. Oí que todos murmuraban: "¡Adán!" En seguida rodearon un árbol enteramente despojado de hojas y flores en todas sus ramas, Su copa, que se extendía a medida que el árbol se elevaba, sería, a causa de su altura, admirada por los indios en sus selvas.

-¡Bendito seas, oh Grifo, que con tu pico no arrancaste nada de este tronco al gusto, después que, por haberlo probado, se inclinó al mal el apetito humano!

Así exclamaron todos en derredor del árbol robusto; y el animal de doble naturaleza respondió:

-De ese modo se conserva la semilla de toda justicia.

Y volviéndose al timón de que había tirado, lo condujo al pie de la planta, viuda de sus hojas, y dejó atado a ella el carro que era de ella. Así como nuestras plantas se ponen turgentes -- cuando la gran luz desciende mezclada con aquella que irradia -- detrás de los celestes Peces,⁶⁴ y luego se reviste cada una con su propio color antes que el Sol guíe sus caballos bajo otra estrella, de igual modo se renovó el árbol cuyas ramas estaban antes tan desnudas, adquiriendo colores menos vivos que los de la rosa, pero más que los de la violeta. Yo no pude entender, ni aquí abajo se canta, el himno que aquella gente entonó entonces, ni tampoco pude oír todo el canto hasta el fin. Si me fuera posible describir cómo se adormecieron aquellos despiadados ojos -- que tan cara pagaron su excesiva vigilancia, oyendo las aventuras de Siringa,⁶⁵ representaría, como un pintor que copia un modelo, el modo como me dormí; pero hágalo quienquiera que sepa figurar bien el sueño.

Paso, pues, al momento en que me desperté, y digo que un resplandor desgarró el velo de mi sueño, al mismo tiempo que me gritaba una voz: "Levántate; ¿qué haces?" Como Pedro, Juan y Santiago,⁶⁶ conducidos a ver las florecitas del manzano, que hace a los ángeles codiciosos de su fruta y perpetuas las bodas -- en el cielo; y aterrados por el esplendor divino, volvieron ensí al oír la palabra que ha interrumpido sueños mayores, y vieron su compañía mermada por la ausencia de Moisés y Elías, y -- cambiada la túnica de su Maestro, así desperté yo, viendo inclinada sobre mí a aquella compasiva mujer que había guiado anteriormente mis pasos por el río; lleno de inquietud dije:

-¿Dónde está Beatriz?

A lo que me contestó:

-Mírala sentada sobre las raíces y bajo el nuevo follaje de ese árbol.⁶⁷ Mira la compañía que la rodea;⁶⁸ los otros⁶⁹ se van hacia arriba tras el Grifo; entonando cánticos más dulces y más profundos.

Ignoro si fue más difusa su respuesta; porque se hallaba otra vez ante mis ojos aquella que me impedía fijar la atención en ninguna otra cosa. Estaba sentada ella sola en la tierra verdadera, como dejada allí para custodiar el carro que vi atar a la biforme fiera. En torno suyo formaban un círculo las siete Ninfas, teniendo en las manos aquellas luces que no puede apagar el Aquilón ni el Austro,

-Poco tiempo habitarás esta selva, y serás eternamente conmigo ciudadano de aquella Roma donde Cristo es romano.⁷⁰ Por lo tanto, fija tus ojos en este carro para bien del mundo que vive mal, y cuando vuelvas a él, escribe lo que has visto.

Así habló Beatriz; y yo, enteramente sumiso a sus órdenes, puse mi mente y mis ojos donde ella quiso. Nunca tan velozmente partió el rayo de condensada nube, cuando cae del más remoto confín del aire, como vi yo al ave de Júpiter precipitarse y bajar por el árbol, rompiendo su corteza, ya que no las flores y hojas nuevas: y con toda su fuerza hirió al carro, y le hizo vacilar, como nave combatida por la tempestad que las olas derriban, ora a babor, ora a estribor.⁷¹ Vi luego introducirse en el carro triunfal una zorra, que parecía no haber tomado jamás ningún buen alimento: pero reprendiéndole mi Dama sus feas culpas, la obligó a huir tan precipitadamente como lo permitieron sus descarnados huesos.⁷² En seguida, por donde mismo había venido antes, vi al águila⁷³ descender a la caja del carro, y dejarla cubierta de sus plumas: y semejante a la voz que sale de un corazón contristado, salió del cielo una voz que dijo: "¡Ay, navecilla mía, cuán mal cargada estás!" Después me pareció que se abría la tierra entre las dos ruedas, y vi salir un dragón⁷⁴ que hincó su maligna cola en el carro, y retirándola luego como la avispa su aguijón, se llevó consigo una parte del fondo, y se alejó muy contento. Lo que quedó del carro, como la tierra fértil que se cubre de grama, se cubrió de la pluma ofrecida por el águila, quizá con intención casta y benigna,⁷⁵ y de ella se cubrieron una y otra rueda y la lanza en menos tiempo del que mantiene un suspiro la boca abierta. Transformado de esta suerte el edificio santo, salieron de sus diversas partes varias cabezas, tres de ellas sobre la lanza, y las restantes, una en cada ángulo. Las pri-

meras tenían cuernos como los bueyes; pero las otras sólo tenían un cuerno por frente: jamás se han visto semejantes monstruos.⁷⁶

Tan segura como una fortaleza sobre una alta montaña, vi sentada en el carro a una prostituta desenvuelta, paseando sus miradas - en torno suyo.⁷⁷ Y como para impedir que se la quitaran, vi un gigante colocado en pie junto a ella, y ambos se besaban de vez en cuando; mas habiendo ella vuelto hacia mí sus ojos codiciosos y errantes, el feroz amante la azotó desde la cabeza a los pies. Después, lleno de suspicacia y de cruel ira, desató el monstruoso carro, y lo arrastró tan lejos por la selva,⁷⁸ que tras de ella se ocultaron a mi vista la prostituta y la nueva fiera.